

—Ocho días cuando más, porque mi hermana está con su familia y no necesita de mis cuidados; además, estamos unidos por los deberes de la sangre mucho más que por la conformidad de ideas. Si me llama á su lado, es para confiarme alguna voluntad testamentaria que no discutiré.

Fué á despedirse de su mujer, y no quiso que ésta le acompañase hasta el sitio de partida, pues hubiese tenido que volver sola ó conmigo.

Despedí á sir Ricardo haciéndole todas mis recomendaciones higiénicas, y después, como le veía aquel día muy expansivo y teníamos aún media hora para hablar, me acordé de lo que mi madre me había dicho, y le pregunté si se acordaba de ella. En cuanto pronuncié el nombre de Adela Moessart, palideció, pero respondió sin vacilación:

—¡Adela! ¡la hija del honrado administrador! ¡Una joven buenisima, casi perfecta! Presentadle mis respetos y decidle que no le olvidado nada del castillo de Mauville y que os amo doblemente al saber que sois su hijo. ¿Cómo no me habíais hablado de esto antes?

—Mi madre me había dicho que el recuerdo de ese castillo os sería penoso, y antes que todo soy médico.

—Es cierto; pero deseo recordar esas cosas, por tristes que sean. ¿Acaso vos las conocéis?

—Las ignoro por completo.

—Quizá algún día las sabréis. Pero ya tenemos que separarnos. Cuidad de Elena.

La última presión de su mano parecía decir: —«Sois mi amigo, y mi honor debe seros sagrado.»—Yo no necesitaba esta recomendación, porque Elena no turbaba ni mi corazón ni mi cabeza. Acostumbrado á vivir á su lado como al de una joya preciosa cuidadosamente encerrada en su estuche, no me inquieté, y temí solamente que me ordenase pasear á sus perros, tarea diaria que su marido cumplía religiosamente.

VII.

Al volver á casa encontré una carta de mi hermana que al pronto me inquietó. Juana me escribía tan pocas veces, que creí á mi madre enferma; pero pronto me tranquilicé. He aquí lo que Juana me decía:

«Quiero que esta vez sepas de nosotras por mí. Mamá está muy buena y ahora voy á hablarte de mí. No ignoro cuánto quieres á Vianne y cuánto

desearías tenerle por cuñado. Pues bien, sabiendo esto, le he autorizado para volver dentro de un año, si al cabo de ese tiempo persiste en su resolución, y hasta le he permitido que me escriba cada quince días. Mamá se ha alegrado mucho; ¿y tú?

»En cuanto á mí, estoy un poco asustada de haber prometido tanto. Dicen que el amor es una cosa grande, sublime ó terrible. Sea como quiera, yo he pensado siempre que estando la mujer llamada á obedecer, sólo un gran amor, sólo un inmenso amor podría hacerle la obediencia agradable y sagrada. Yo no siento hácia tu amigo Vianne más que una cordial amistad. Mamá cree que llegará á inspirarme un sentimiento más vivo; ese sentimiento será sin duda el entusiasmo ó la ternura. Vianne es muy pacífico para exigir tanto fervor. Está bien educado, tiene talento, buena posición. ¿Qué necesidad tiene de una compañera como yo? En cambio á mí me hace falta tener un culto, porque no soy pacífica ni tranquila. Mi culto es la música. ¿Qué comparación hay entre la música y el matrimonio?

»Me dirás lo que ya me has dicho: que no se vive únicamente de goces intelectuales y que un corazón vacío es un corazón muerto. ¿Pero no bas-

ta mi cariño á vosotros? ¿No podéis llenar por completo mi corazón mamá y tú? ¡Me quiere tanto mi madre! Si mi facultad de amar llegara á extinguirse, ella la haría revivir muy pronto con el ardor y la delicadeza exquisita de su ternura. ¿Por qué habéis de suponerme un alma fría al ver que no amo á nadie fuera de mi familia? ¡Hemos tenido una infancia tan cuidada, y más tarde una vida tan dichosa! Tú también estás en edad de casarte, y sin embargo no piensas en ello, puesto que te has unido á la existencia de ese gentleman cuya amistad te hace dichoso. ¡No vayas á quererle más que á tu madre y tu hermana! Pero no, nada temo. ¡Te desafío á que quieras á nadie más que á nosotras! Aquella á quien pertenezcas, podrá muy bien darte el porvenir, pero no te dará el pasado, ese gran fondo, ese gran tesoro de ternura y de confianza; las alegrías y los dolores pasados tanto tiempo en común.

»En cuanto á tu amigo Vianne, no existe el pasado ni creo que existirá el porvenir. A veces me siento tan asustada, que cierro los ojos y me precipito á mi piano para olvidar lo que soy y lo que quieren que sea.

»Cumpliré mi palabra, pues que lo he prometido. Recibiré las cartas y trataré de contestarlas,

y al cabo del año aceptaré la entrevista; pero si no he cambiado, si el cariño no ha venido, si sigo en el temor de abjurar de mi personalidad y de mi libertad ¿será culpa mía? ¿Causaré un disgusto á mi madre? ¿me aborrecerá Vianne? ¿me reñirás tú? Recordad que no he prometido que diría sí, sino que haría todo lo posible por decirlo; pero si me viese obligada á decirlo contra mi voluntad, con el terror en el alma, ¿encontraría en tí un protector, un amigo, un verdadero hermano para preservarme del espanto y de la desesperación? Te ruego me respondas inmediatamente.»

Así lo hice de la siguiente manera:

«Sí, seré un protector, un amigo, un verdadero hermano. Sé libre, querida mía, sé libre en las emociones de tu corazón, como lo eres en las inspiraciones de tu arte. Piensa sin miedo en la resolución que vas á tomar dentro de un año. Tu madre lo aceptará todo con su inalterable bondad y su elevado espíritu de justicia. Mi amigo Vianne sabrá resignarse sin perder nada del respeto y del aprecio en que te ha tenido siempre. En cuanto á tu hermano, ha consagrado su porvenir á un solo fin: el de no costar lágrimas á su madre é impedir por todos los medios que estén á su alcance que su hermana Juana tenga que derramar una sola.»

Escribí también á mi madre para participarle mi corta conversación con sir Ricardo. Después llevé mis cartas al correo y comí fuera, no queriendo hacerme servir en casa de mi amo durante su ausencia, y volví á la puesta del sol.

Me preparaba á estudiar, y pensaba en aquel miedo al matrimonio que tenía mi hermana, y las extrañas ideas que había tenido tanto tiempo sobre un secreto imaginario relativo á su nacimiento. Me pregunté si las seguiría teniendo aún y se creería demasiado noble para casarse con Vianne. ¿Por qué mi madre tenía interés en conocer la naturaleza de los secretos de sir Ricardo sobre el castillo de Mauville?

A la rojiza claridad en que envolvía mi habitación el reflejo del sol poniente, se perdía mi imaginación en confusos y fantásticos sueños. Siempre me había rodeado una atmósfera como de misterio, y mi hermana era el ser misterioso por excelencia. Si ahora no parecía ya dudar de su identidad legal, ¿por qué había dudado antes?

Algunos momentos había (y esa había sido la causa de mi lentitud en hablar á sir Ricardo de mi madre) en que temía pensar en las relaciones que podrían haber existido entre ésta y él;.... ¡pero imposible! Mi madre era una santa. La recti-

tud de su vida entera se reflejaba en sus palabras y en su rostro.

Iba á encender una lámpara cuando oí que daban unos golpecitos en la puerta de mi habitación:

—Entrad—grité, creyendo que era el criado.

La puerta se abrió, y júzguese de mi sorpresa al ver á la señora de Brundel.

—No extrañéis mi visita—dijo—ni encendáis luz. Aun es de día y podemos hablar en el balcón, porque quisiera preguntaros una cosa, doctor.

—Aceptad mi brazo—respondí—y vamos á hablar al salón. Allí estaréis mejor, porque aquí he fumado mucho y....

—Me es igual. Vamos donde queráis.

La conduje á la habitación que llamaban en la casa *le parloir*. Era una gran sala decorada con estatuas, que merecía bien poco esta denominación íntima del *horne* inglés. La señora de Brundel se arrojó en un sofá. Me senté en una silla, y esperé á que hablase la primera.

—¿Habéis acompañado á Ricardo hasta el vapor—me dijo con el embarazo propio de una persona que no sabe cómo entrar en materia.

—Sí, señora, hasta el vapor.

—¿Ha encontrado un buen camarote?

—Muy bueno.

—¿Y no os inquietáis al verle partir solo?

—No veo ningún motivo de inquietud estando John á su lado.

—Le queréis mucho, ¿verdad? ¡Es tan bueno!

—Excelente. Le quiero como á mi mejor amigo.

—Él también os quiere, y tiene la mayor confianza en vos.

Esta no me pareció una pregunta, y me abstuve de responder.

—Decid—replicó vivamente.—¿Os confía todo lo que le interesa?

—Nunca me ha confiado nada.

—¿Pero no os ha hablado de mí?

—Nunca.

—¡Ah Dios mío! ¡Qué carácter tan singular! Hoy, sin embargo, ha debido deciros algo.

Le repetí fielmente las palabras de sir Ricardo, en las cuales no había ciertamente nada de confidencial ni que no le hubiese oído cien veces ella misma.

La joven pareció desconcertada.

—¿Me juráis que es eso todo?—dijo.

—Puedo jurároslo.

—Nada de su hermana, ni de sus negocios de familia, ni de sus proyectos, ni de ciertas even-

tualidades.... ¡Ya sabréis que no estamos casados, según la ley inglesa!

—No sabía nada.

—Pues os lo explicaré....

—No, no, os lo suplico. No debo escuchar confidencias que el señor Brundel no juzgaría quizá conveniente que me hicierais. Si no tenéis ninguna orden que darme, permitidme que me despida.

—No, no, esperad. He dicho una palabra imprudente, y no quiero que vayáis por eso á creer que soy su querida.

Y como yo insistiese en encender una bujía y acompañarla á su habitación, exclamó con repentina energía:

—¡Escuchad! Necesito vuestra estimación y la mía propia. Mi situación es equívoca: ¡Ricardo se imagina que esto no me hace sufrir, y me está matando. Quiero que sepáis lo que soy.

—¡Pero qué me importa!—exclamé impaciente;—no tengo ninguna curiosidad por saberlo.

—¿Demostráis desprecio? ¡He aquí á lo que me condena el misterio de que Ricardo me rodea, cuando la verdad sería tan natural á los ojos de un amigo, de un hombre honrado como vos.... pero me oiréis, ó creeré que no soy á vuestros ojos más que una *entretenida*, una aventurera!

—Sólo os escucharé con una condición: la de que todo cuanto me digáis se lo he de repetir á sir Ricardo.

Vaciló un momento, y ya iba yo á aprovecharle para retirarme, cuando me cogió por un brazo con un movimiento nervioso que contrastaba con su habitual indolencia, y me dijo:

—Consiento en que se lo repitáis todo, pero sentaos.... ¡Yo permaneceré de pie, porque estoy tan agitada!.... pero lo diré todo y respiraré después. No soy lo que parezco; no soy francesa ni me llamo Elena. Soy española y me llamo Manuela Pérez.

No sé si notaría en la obscuridad la impresión que me hicieron sus palabras; pero se asustó al verme dar un salto hasta en medio del salón, como si me hubiese picado una víbora.

—¿Qué es eso?—exclamó.—¿Nos escuchan?

—Es muy posible. Este salón es inmenso y no se ve nada.

—Venid á mi *boudoir*. Allí podremos hablar sin temor y tendremos luces.

La joven salió, y yo la seguí maquinalmente, aturdido y sin saber lo que me pasaba.

Entró en una pieza ricamente decorada, iluminada por una lámpara, y se sentó. Yo permanecí en pie, y Manuela me habló así:

—He nacido en España, como ya os he dicho. Mi madre era una mujer muy honrada y muy pobre, abandonada por su marido, á quien yo no recuerdo haber visto hasta la edad de diez años. Mi madre había salido con mi padre de España en mi primera infancia, y aun me estaba criando cuando el se fué, dejándole algún dinero que la pobre supo economizar, esperando siempre que volvería pronto. Era una buena obrera, pero no podía ir al taller por mi causa, ¡y una mujer gana tan poco! Me enseñó su oficio de iluminar estampas y también á leer y escribir regularmente. Nunca he sabido ortografía. Un poco de costura, un poco de español, un poco de baile y mis oraciones en latín que nunca he comprendido, esto es, poco más ó menos, todo lo que ella sabía. No me dió noticia alguna del bien y del mal. Honrada y fiel á su marido, no sabía hablar de moral. Creo más bien que no se atrevía á pensar en ella en el temor de tener que condenar á mi padre; en cambio me vigilaba mucho. No me dejaba ir á ninguna parte sin ella, y yo era muy inocente por la fuerza de las circunstancias, sin saber que se podía ser de otro modo. Entretanto nuestros recursos se agotaban, siendo insuficiente el escaso producto que nos proporcionaba el trabajo, y ya íbamos á cono-

cer la última miseria, cuando mi padre nos envió dinero, anunciando que vendría pronto.

Dos años pasaron aún hasta que mi padre volvió, diciéndonos que había ganado mucho oro sin explicarnos cómo. Nos anunció que viviríamos á su lado, y nos llevó á un pueblo llamado Panticosa, que está en las montañas de Navarra. Pronto vimos que mi padre estaba al frente de una porción de contrabandistas, lo cual asustó mucho á mi madre; pero mi padre se burló de sus temores y nos instaló en una casa muy bonita, tomando dos criadas para nuestro servicio y yéndose, Dios sabe dónde, para volver de cuando en cuando muy ocupado y rodeado de hombres con caras de asesinos que nos daban miedo.

No carecíamos de nada, ni aun de hermosos trajes y alhajas; pero ¿para qué nos hacían falta en aquel desierto? Á mi madre y á mí, no nos gustaba aquella vida. No podíamos soportar el campo, acostumbradas á los alegres boulevares de París, á aquel ruido continuo y á aquellos rostros animados. Echábamos de menos nuestra buhardilla y todo aquel movimiento, hasta ese que da el trabajo y que hace que no se piense en nada. En Panticosa estábamos constantemente asustadas. Aquellos contrabandistas que nos rodeaban esta-

ban siempre sombríos y hablaban en voz baja ó por señas. Traté de ser agradable y buena para ellos, que á su vez parecían quererme; pero mi madre desconfiaba siempre y no me dejaba separarme de ella. La pobre sufría allí mucho, y por fin cayó enferma.

Llegó un día en que descubrió que mi padre se ocupaba de otras mujeres, y esto vino á dar el último golpe á su delicada salud, y la mató. Cuando mi padre volvió una noche, la encontró muerta en mis brazos. No lo sintió ni trató de consolarme, y tres días después me condujo á Burdeos, donde le llamaban sus negocios. Iba acompañado de su criada Pepa, sin tomarse el trabajo de ocultarme la naturaleza de sus relaciones con ella. Yo sentí aquel ultraje, y amenacé á mi padre con escaparme para no tener que sufrir la autoridad de semejante madrastra; pero ¿dónde me hubiera refugiado? No lo sabía, estaba encolerizada y no razonaba.—Puesto que te rebelas—dijo mi padre—voy á separarme de tí y á encerrarte en un convento. Allí te aburrirás porque has querido. Así como así, ahora eres rica y es preciso educarte como una señorita. Estudia mucho, y ya te sacaré cuando estés en edad de casarte.

Nos embarcamos aquel mismo día. Yo había

Horado mucho, y al salir de Burdeos, donde nada había visto durante mi estancia, llevaba el rostro cubierto con la mantilla, porque tenía estar fea.

Llegamos á Pamplona, donde mi padre me dejó. Tenía yo entonces diez y seis años, y deseaba entrar en el convento, porque ya no tenía á mi pobre madre, que era el único ser en el mundo á quien yo había amado, y no sentía dejar la casa de Panticosa ni la antipática compañera de mi padre. No deseaba otra cosa que instruirme, pues no me creía menos capaz de ello que cualquiera otra; pero era demasiado tarde para empezar, y sólo aprendí lo que mis compañeras me enseñaron con su ejemplo, como el arte de prenderse la mantilla, de manejar el abanico, de coquetear y de hablar de amor antes de saber lo que es amor. Nuestras religiosas, como no sabían nada, no nos enseñaban nada.

Abreviaré para no impacientaros. Pasaron dos años así. Decían que yo era cada vez más hermosa, y en la calle, en paseo, en todas partes, cuando salíamos, se paraban los hombres para verme pasar, y me escribían á montones billetes de amor. Yo me enorgullecí, pero no amaba á nadie. Enseñé aquellas cartas á mis compañeras, y sirvieron para hacerme reír. Por el día reía sin cesar, pero

por la noche acariciaba sueños de color de rosa. Todos mis enamorados me parecían feos ó ridículos. Soñaba con uno hermoso y deseaba encontrarle. Mi deseo se hizo tan ardiente, que no pensé más que en esto, y tuve fiebre, una fiebre que coloreó mis mejillas y puso mis ojos brillantes.

¡Por fin apareció! Era un joven oficial sin fortuna y sin nombre, pero muy hermoso, muy apasionado, y que sabía escribir dulces cartas. Pasaba las noches bajo mi reja, y como era listo y atrevido, consiguió penetrar en el jardín del convento. Me habló con pasión, me estrechó en sus brazos, me deslumbró, me volvió loca y me sacó del convento, llevándome á casa de una mujer que se encargó de ocultarme hasta que pudiésemos dejar el pueblo secretamente.

Estaba perdida. ¡Perdida por mi culpa!

¡Oh! es verdad que no tengo disculpa; que ni la razón ni la prudencia me preservaron; que fui tan culpable como si me hubiese entregado; pero la casualidad, una casualidad bien triste, se encargó de evitarme la caída irreparable.

Amanecía en el momento en que llegamos á aquella casa, que yo creía honrada y segura. Mi amante tuvo que acudir á la llamada de las armas, viéndose obligado á dejarme hasta la noche, en que

pensaba volver. Rendida de fatiga y de emoción, ¡era aún tan niña! caí sobre un sofá y me dormí.

Pasaron algunas horas, cuando una voz, ¡voz terrible! me despertó. Era la voz de mi padre que hablaba con aquella mujer que se había encargado de ocultarme. Le hablaba como á un amigo íntimo, pues según la oí, había ocultado en su casa contrabando, y ahora se dedicaba á un oficio tan peligroso como aquél, pero más lucrativo: á guardar muchachas robadas. Le habló de mí, diciéndole que ignoraba mi nombre, quién era y de dónde venía, pero alabó mi figura y encendió su curiosidad.... ¡Ah! ¿por qué ocultarlo? ¡era un ser infame! Quiso verme.... la mujer se opuso, pero él la rechazó, y dando una patada á la puerta, entró, encontrándome allí de rodillas y medio muerta. Al reconocermme me insultó, me llenó de golpes é hizo venir un cochè, donde me condujo á Madrid.

Diréis que estaba en su derecho al hacer esto quizá que cumplía con su deber. ¡Oh! ¡pero veréis luego! Me dijo que iba á meterme en otro convento de donde no saldría jamás. Respondí, para apaciguarle, que lo merecía y que me sometía gustosa, suplicándole que me perdonase. Entonces estalló en extraños reproches, diciéndome que era baja y vil por naturaleza al haber amado á un cualquiera,

pudiendo pertenecer á un hombre rico y poderoso. Yo no comprendí, ó temí comprender. Tapé mis oídos y lloré.

No quise comer, y mi padre me encerró en un cuarto de una posada.

Cuando llegó la noche, volvió con un hombre espantoso, de grandes bigotes, mirada traidora y con lujosos botones de brillantes en la pechera y puños de la camisa.

—Aquí la tenéis—dijo.—No está hermosa en este momento porque está encolerizada; pero ya la habéis visto en Pamplona y sabéis lo que es. Lleváosla.

Y añadió volviéndose hacia mí:

—Este señor es un extranjero inmensamente rico, que está encargado de buscar una señorita de compañía para su hermana y va á conducirnos á su lado. Allí estaréis muy bien tratada y no tendréis que ir á un convento. Vamos, pronto, poneos la mantilla que el coche espera abajo.

Yo había visto á aquel ruso andar á mi alrededor en Pamplona; después me había escrito groseramente. Comprendí que lo que mi padre decía no era verdad. Quise gritar; pero la voz se ahogó en mi garganta, y una lucha terrible se entabló para hacerme salir de allí. Consiguieron

llevarme hasta el dintel de la puerta; mas logré escaparme y fui corriendo á la casualidad, queriendo pedir socorro, pero completamente muda y como loca. Ví delante de mí una puerta abierta. Me lancé á ella y entré en una habitación donde un hombre de cierta edad y de fisonomía dulce estaba con un periódico en la mano que ya no leía, pues el ruido sordo de aquella lucha había llamado su atención y tenía fijos sus ojos en la puerta.

Me arrojé á sus piés y cogiendo sus rodillas con mis brazos conseguí decirle:

—¡Salvadme!

Entonces no sé lo que pasó, porque me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento, me encontré sentada en una butaca. Un joven me hacía respirar un olor fuerte, y un hombre de más edad me sostenía la cabeza, diciendo: «Parece que se reanima.»

Aquel hombre era sir Ricardo Brundel, y aquel joven su médico. Cuando volví en mí, me dejaron con una mujer para que me cuidase, diciéndome que no tuviese ningún temor y que procurase descansar.

Yo estaba rendida; pero el miedo de ver venir

á mi padre me tuvo despierta toda la noche, mientras que la enfermera dormitaba; sin embargo, mi padre no volvió, ni le he vuelto á ver más. Sé que ha muerto en América de la fiebre amarilla hace poco tiempo, no dejando absolutamente nada. ¡Me alegré, porque nada hubiese yo tomado!

El médico vino á informarse varias veces de cómo seguía, diciéndome siempre que estaba segura y que me tranquilizase. Por la mañana, sir Ricardo me hizo saber que deseaba hablarme, si podía recibirle. Me levanté, y arreglándome un poco, le recibí. Mandó salir á la enfermera y me dijo:

—Señorita, ¿sois en efecto la hija del señor Pérez?

—¡Ah! Sí.

—¿Es verdad que habéis tenido cierta aventura en Pamplona?

—¡Es verdad, caballero!

Se lo conté todo, y vió que no mentía.

—¿Esperabais casaros con ese oficial?

—¿Podéis dudarlo?

—¿Entonces, estaréis segura de que no tenía intención de engañaros?

—¡Oh, segurísima!

—¿Y le amáis?

—Sí, le amo.

—Escribidle que venga á buscaros aquí. Decidle que vuestro padre le perdona y que desea casaros en seguida; añadid que pone por condición que ha de ser sin ninguna especie de dote. Tal es la voluntad de vuestro padre.

Escribí, y el señor Brundel envió un hombre con el encargo de poner mi carta en manos del oficial y de traer su respuesta. El mensajero vino con las manos vacías. El oficial había recibido la carta, diciendo que respondería más tarde, pues en aquel momento, no tenía libertad para escribir.

Mientras esperaba la solución de la prueba hecha por mi bienhechor, no volví á ver á éste. Teníamos en el hotel habitaciones muy separadas. Cuando vino á anunciarme tan triste resultado, lloré amargamente. Vió que estaba aún demasiado quebrantada para soportar la verdad, y trató de dejarme alguna esperanza.

—Probablemente—dijo—ese joven no será libre para comprometerse sin consultar á su familia. ¿Dónde está ésta, y qué posición ocupa?

Yo no sabía absolutamente nada, ni aun sabía escribir bien su apellido. Sir Ricardo frunció ligeramente las cejas, y su sonrisa de lástima me humilló profundamente.

—Vamos—dijo viendo mi desesperación,—sois aún más niña de lo que había pensado; pero no os avergoncéis así. Vuestra locura prueba que vuestro padre no se equivocaba al decir que no comprendíais lo que él llama vuestros *intereses*. Tanta imprevisión é imprudencia no son propias de una persona corrompida, y os disculpan; pero....

—¡Pero estoy envilecida por haberme entregado así á la lealtad de un desconocido!

—No estáis envilecida; pero lo estaríais muy pronto si no cambiáis.... ¡Habéis recibido una educación detestable!

—No he recibido ninguna.

—Sí, esa es la desgracia; pero aun tiene remedio. ¿Queréis que yo os enseñe á pensar y á mirar las cosas como se debe?

—Sí, sí, os lo suplico; ¿pero lo permitirá mi padre?..... ¡Si supierais!

—Lo sé todo. No tenéis más padre que yo; me ha cedido sus derechos.

—¿Cedido?

—Sí, *vendido* muy caro, y ha partido para América. No os diría tan rudamente las cosas si hubieseis recibido otra educación; pero debo deciroslo brutalmente para despertar vuestra alma dormida y hacer nacer en vos la conciencia de la dig-

nidad humana. Vamos, mirad; me pertenecéis, y si fuese un libertino, calculad á qué degradación os hubiese conducido vuestra ligereza. Vuestro padre, sea lo que quiera, no se hubiese atrevido á traficar con vos, si vuestra falta no le hubiese hecho pensar en que queríais perderos. Ahora lo que debéis hacer, pobre niña, si, como creo, valéis más de lo que parece, es tratar de elevaros á vuestros propios ojos y á los de todo el que os rodee. Soy un hombre honrado y no estoy enamorado de vos, queriendo sólo, al mezclarme en este asunto, hacer una buena acción. No soy un santo, y tengo quizá que expiar algunos pecados de la juventud. La expiación me es fácil, porque soy rico. Os trataré, pues, como á mi hija adoptiva, si os mostráis digna de ello. He querido ante todo casaros con el que os ha comprometido, y pensaba asegurar vuestra existencia. Si no se lo he hecho saber así á vuestro seductor, ha sido porque quería probarle.

—¡Ah!—exclamé;—¡es un infame, un miserable!

—Tal vez sí, y tal vez no; más vale creer que es un niño irreflexivo y sin principios ni conciencia del bien y del mal, obedeciendo al primer instinto, al primer movimiento.... como vos, querida

mía. Sin duda no tiene recursos, y teme conocer la miseria con una mujer tan pobre como él. La prueba está hecha; sin embargo, aun no es decisiva. Quizá piense venir él mismo á traer la respuesta. Démosle un mes de plazo, dos, si queréis; pero pasado este tiempo, habrá que tener valor para abandonarle sin debilidad.

No tuvimos que esperar tanto tiempo. Dos días después el señor Brundel recibía una carta, la cual recuerdo palabra por palabra.

«Caballero: Iba á dirigirme á Madrid con la intención de reparar el mal que he podido hacer á la señorita Manuela. Creí encontrarla allí con su padre, y veo que éste ha partido y que vos le reemplazáis; esto es muy sospechoso á mis ojos, y por esta y otras razones que vale más no escribir, pero que vos comprenderéis perfectamente, desisto de mis pretensiones y renuncio al deber que pensaba cumplir.»

—Esto es la cobarde retirada de un hombre que intenta romper sus compromisos ultrajándose y ultrajándose. Vamos, mi pobre niña. ¿Estáis ya curada de un amor tan mal empleado?

—¡Oh, sí!—respondí;—pero jamás curaré de la vergüenza de mi locura.

—Es preciso olvidarla; comenzar una vida nue-

va y haceros digna de la afección de un hombre honrado. No puedo ocuparme de vos directamente, porque mi vida es demasiado errante. Como no tengo familia, viajo sin cesar. Además, si estuviésteis á mi lado, sospecharían de vos, y no os he salvado para perderos. Voy á conducirlos á Francia ó á Inglaterra para ponerlos en un colegio ó al lado de una familia honrada, y más tarde, si os portáis bien, me ocuparé de vuestro matrimonio con el mismo interés que lo haría un padre.

Caí á sus piés para darle gracias y bendecirle. Al momento me levantó, y besándome en la frente se retiró en seguida.

Yo había sufrido un golpe tan terrible, que no estuve en disposición de partir en seguida. Sentía palpitaciones de corazón que me sofocaban. Por fin, á la semana siguiente estábamos el señor Brundel, su médico y yo, camino de Francia.

Aquel viaje me pareció delicioso en compañía de un hombre tan amable y tan bueno como el señor Brundel. Sentía que podría tener en él una absoluta confianza. Tenía entonces unos cincuenta y cinco años, y estaba tan bien conservado, que sólo representaba cuarenta. Yo le amaba sin acordarme de haber amado á otro la víspera, á otro que entonces despreciaba y cuyo recuerdo me era